

tiene. El que escribe, escribe que escribe que alguien lo escribe. Se trata de la realización novelada de aquel cuento de Augusto Monterroso titulado *La máquina de escribir*. Ignacio Padilla decide crear un lenguaje propio para el tiempo y el espacio que crea en las páginas de *Si volviessen sus majestades*. Jorge Volpi aborda el tema de la creación y para ello crea una película-novela de principio a fin y nos deja leer los elementos que la componen.

Pedro Ángel Palou construye en *Memoria de los días* una novela que bebe de textos religiosos, ocultos, que tiene una íntima relación con los textos apocalípticos y su lenguaje oscuro. Pero mezcla todo lo anterior con seres cuyo origen se encuentra en la cultura popular: un fraile que es además luchador, enanos de circo, sujetos tan comunes como los que uno se encontraría en la parada del autobús. De ningún modo se trata de un texto de ruptura, ni siquiera temáticamente. Tampoco consigue las alturas a las que llegaría posteriormente con textos mucho más complejos que no viene a cuento mencionar en este momento.

Una *rara avis* incluida en el manifiesto es Ricardo Chávez Castañeda, quien se tomó en serio la búsqueda

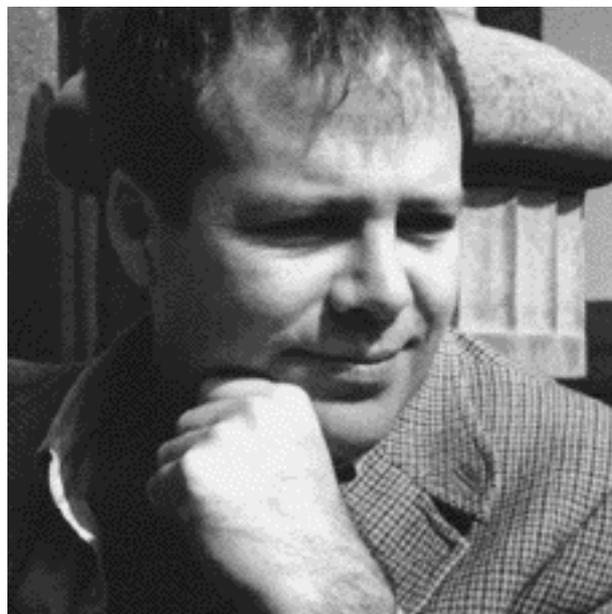
formal, el involucramiento del lector, la estructura no lineal, la polifonía. No me extrañaría que gran parte del planteamiento teórico detrás del manifiesto haya salido de la mente de Chávez Castañeda. En *La conspiración idiota* narra una historia a partir de distintos puntos de vista y un interesantísimo juego entre el sujeto y sus complementos, que pasa del yo al nosotros dentro de una misma oración, no por un simple afán lúdico sino porque con esto la idea de que se trata de una historia común se ve reforzada. Diez años después, Chávez Castañeda se ha perfilado como un gran autor, que quizá no vende miles de libros pero que tiene una voz propia.

Es en síntesis, una literatura que se mira a sí misma y se interroga. Los autores del *Crack* tienen como patria la literatura y sus referentes no se encuentran en México o Europa, sino en los libros producidos por los autores que los han influenciado. Es verdad que cada uno de estos libros se remite a una geografía reconocible, el lenguaje no nació en los libros sino en el humano; pero en este caso se da un proceso de alejamiento de la fuente original y se recurre al libro, preferentemente a la novela, como la fuente primigenia.

T

Ágape y *Crack*

Eloy Urroz

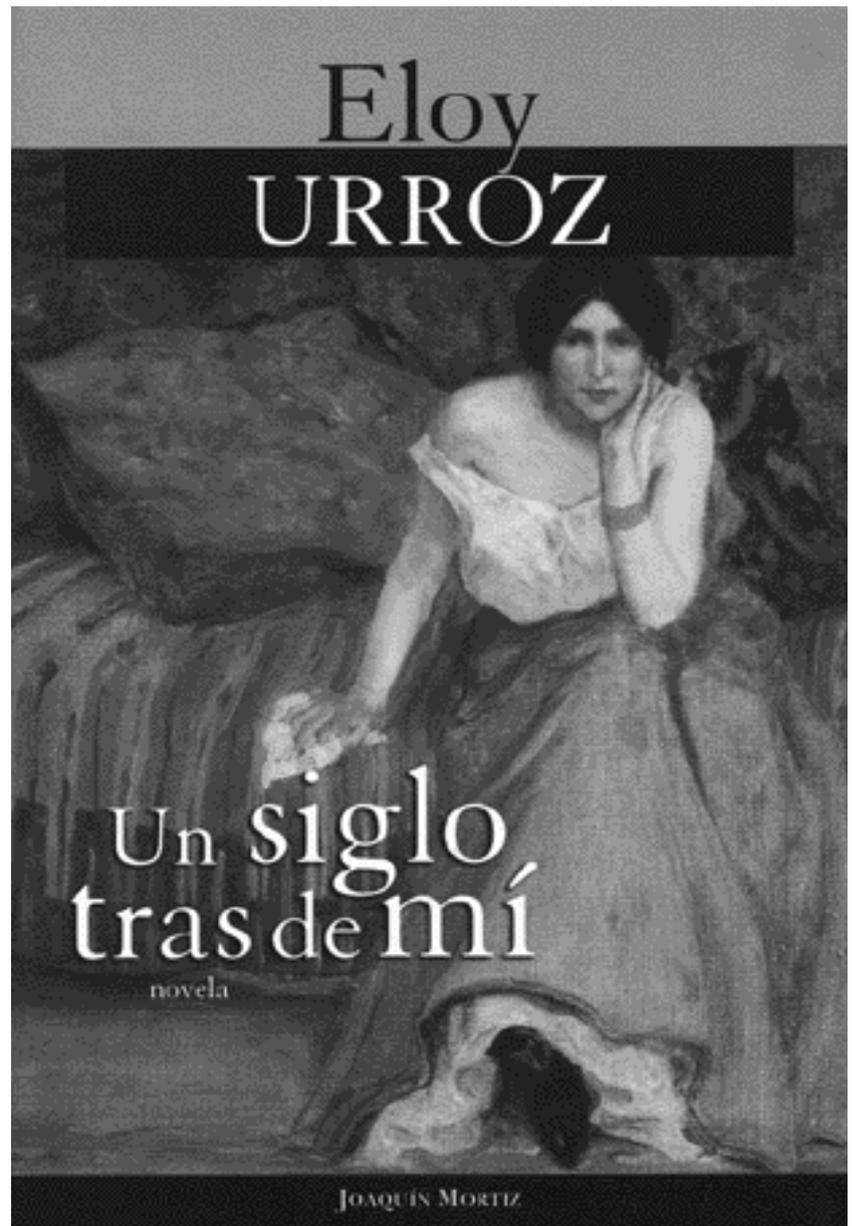


Eloy Urroz

Si debemos celebrar diez años del *Crack* es, sobre todo, por sus novelas: un puñado de libros, por lo menos para mí, memorables; una docena o más anclados dentro de la tradición de la novela profunda, esa que Brushwood denominó así y que nosotros, ingenuos y atolondrados, decidimos perseguir desde el día en que nos abocamos a la tarea de escribir ficción. Hay, por supuesto, allende a los libros publicados, cantidad de historias y chismes que contar, viajes en pares o en grupo por todas partes del mundo, presentaciones compartidas, entrevistas, ferias de libro, desayunos, cenas, memoria para tirar por la borda, mucha de la cual está perdida o fragmentada. Sólo si nos reuniéramos durante un largo fin de semana o varios, entre tragos y bromas, podríamos quizá recomponer parte de lo que ha pasado desde que nació el *Crack* o incluso antes, desde que nos conocimos

en la prepa, desde que descubrimos nuestras coincidencias, desde que nos lanzamos por el camino de la amistad literaria, del grupo literario y, por tanto, del riesgo compartido. Sin embargo, insisto, todo lo anterior sería asaz inútil, espurio, materia olvidable o desechable, si no existieran esas ya docenas de novelas publicadas desde 1996, e incluso antes. Algunos, repito, para mí, memorables, parte de la mejor literatura latinoamericana escrita en los últimos diez años.

Ahora mismo pienso con alborozo en el placer que me deparó, por ejemplo, *Si volviesen sus majestades* o *Espiral de artillería* de Nacho, o *Diorama* y *La muerte del filósofo* de Vicente, o *El hombre bajo la piel* de Alejandro, o *El temperamento melancólico* y *El fin de la locura* de Jorge, o bien, la incitante dificultad de *Quien dice sombra* y *Malheridos* de Pedro. Cito ejemplos, claro: recuerdo íntimo e intransferible, cuadros en los que me veo leyendo alguno de esos relatos mientras tomo un café o mientras descanso en una playa o viajo en un avión. Sería difícil decir cuánto debo a la lectura de esos textos y otros más. Muchísimo. Más de lo que yo mismo sospecho y más de lo que yo mismo estaría dispuesto a confesar. Con ellos he aprendido a leer otra vez (que no es poco), a escribir, a pensar y a imaginar, a desafiarme imponiéndome nuevos retos formales y técnicos; con esas novelas me he redefinido en mis ideas filosóficas, morales, políticas, amorosas y hasta religiosas. Con esos libros he cohabitado muchas semanas y días. Con *En busca de Klingsor* y *Paraíso clausurado* he tenido innumerables horas para reflexionar, para debatir conmigo mismo y, sobre todo, para responderme cuestiones fundamentales sobre la existencia y la condición humanas, sobre el mal, el sentido de la vida, el amor, la amistad, el pecado, el miedo, la libertad, el sexo. Con *Sanar tu piel amarga* y *Con la muerte en los puños* me he reído a



Queda claro que ninguno de nosotros estamos aún cansados de escribir ficción, de narrar, de inventar mundos paralelos, de desafiar estructuras, de recrear una vez más el español, de darle una buena paliza y zarandearlo y renovarlo.